

¿Con qué nos quedamos? ¿Con las bellas letras o con la basura? ¿Con las novelas totales o con los engendros comerciales? ¿Con la poesía o con los subgéneros menores? Es difícil decidir: en un país que tiene a dos o tres bestselleristas de renombre, como Chile, es extraño que los géneros de explotación no hayan eclosionado con la fuerza que deberían haberlo hecho, que no haya cultura del policial o de la ciencia ficción más allá de los cenáculos de fanáticos. Que no haya porno, que no haya literatura erótica o folletín.

Se me ocurre todo eso cuando pienso en el olvido que ha caído la obra de Hugo Correa, o en ese prólogo de Héctor Velis-Meza para una antología de cuentos de terror de la década de los 80, que era pobre de ideas, escaso de teoría y absolutamente idiota. O que la obra de Ramón Díaz, un policial urbano, efectivo y sólido, circule más en el extranjero que acá. O que nadie –ahora que lanzan hasta las servilletas firmadas por Neruda– reedite las aventuras de Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno.

Porque no. Los escritores nacionales son tipos serios y refinados, y si se arriesgan, será con un par de chistes cultos, bromas celebradas en una mesa del Tavelli, mientras comentan que sí, eran buenos aquellos tiempos en el taller de Donoso. No. En Chile la clase B, la literatura de clase Z, los subgéneros no le gustan a nadie. Menos a los críticos, que evaden a Stephen King como si fuera la lepra, que obvian a Grisham, que con suerte han leído lo peor de Ballard, pero siguen celebrando el advenimiento de no sé qué poeta joven de 25 años, nazi, lesbiano y chilote, que escribe en yámbicos rapeados sobre la mugre de su ombligo.

Pero la basura está ahí. Detrás de todo. Los lectores están ahí, acechando, esperando porque salte la liebre. Gente que asuela San Diego, Franklin, la Plaza O'Higgins en Valparaíso. Adolescentes que crean sus propias páginas web para piratear lo que les gusta, para escribir las ficciones que anhelan y que nadie escribe. Fetichistas de libros antiguos. Fanáticos de películas de kárate. Adolescentes góticas que escriben mejores diarios de vida que los de Melissa Panarello, que el de Catherine Millet. Señoras y señoras que esperan ficciones obscenas para alegrar sus noches. Gente que quiere cadáveres y

zombies, vampiros y romanticismo barato. Gente que quiere hard boiled, splatter punk, porno suave y duro.

Ese público está ahí: es el lado oscuro de los que compran en las librerías de Providencia, los hermanos gemelos de los que van a la Feria del Libro, a la del Forestal, a la de la Estación Mapocho. Ese público y las ficciones que puede o no desear son invisibles, etéreos, porque ni los piratas hacen libros para ellos. Pero están ahí. Al acecho. Y la mejor literatura viene de donde menos se la espera. Si no, basta pensar en Borges, que adoraba a Mark Twain y a Lovecraft, pero que se saltaba olímpicamente a casi todos los rusos, optando por lo menor, por los perdedores y los olvidados, por esa legión de ficciones silenciadas que son en realidad el mejor patrimonio de nuestra mala memoria.

CLASE Z

álvaro·bisama  
álvaro·bisama  
álvaro·bisama  
álvaro·bisama

bisama·álvaro  
bisama·álvaro  
bisama·álvaro  
bisama·álvaro

TRIBU

En los 90, alguna vez escribí para un viejo fanzine porteño un relato sobre las Tortugas Ninja. No era un mal cuento, creo, y debe estar perdido por ahí: el narrador era un mutante salido de un tarro de desechos radiactivos en el escenario de una Nueva York al borde del Apocalipsis finisecular.

Recordé ese texto –que era delirante pero que, recuerdo, me encantó escribir por lo estúpido y paródico de la idea– cuando empecé a leer *La séptima M* de Francisca Solar (n. 1983). Se trata, creo, de una escritura que no responde a las pautas habituales del mundillo literario local: la autora no se pasó años en talleres, no veneró vacas sagradas y, me imagino, jamás leyó a Donoso como si fuera la Biblia. Por el contrario, lo que hizo fue sentarse a escribir sobre el universo que le gustaba y conocía de memoria (el de Harry Potter y los X-Files), publicando en la web un gigantesco relato apócrifo por entregas, sin pedir permiso a nadie más que a sí misma y a sus eventuales lectores, los que pasaron de decenas a miles.

Gracias a eso, *La séptima M*, su primera novela impresa –que ahora se lanza en España y se transa en Frankfurt–, termina siendo algo inaudito para el medio chileno. Más allá de que el texto responda a los tópicos del thriller de suspenso y suponga una incursión más en una –más que detestable, para algunos– literatura comercial, escenifica el imaginario personal de un proyecto –alimentado por una larga tradición de géneros menores– que opta intencionalmente por ofrecerse como un espacio de

citas cruzadas una y otra vez, donde se yuxtaponen la obra televisiva de Chris Carter, kilos de música pop e infinitas películas policíacas.

Lo extraño es que ese universo, lejos de ser una colección arbitraria de referentes por encargo, pareciera poseer una oscura fuerza de gravedad propia: la heroína del libro está al borde de la depresión, otro de los protagonistas transa en línea imágenes de cadáveres descuartizados, y sobre toda la trama campea un clima clausurado, amplificado por el paisaje espectral de un sur poblado de cadáveres.

¿Es éste el futuro de la literatura chilena? Puede ser. Me parece divertido que así sea. La obra de Solar no proviene de ninguna academia y surge desde la red, la fan-fiction y los blogs; viene de lugares donde se están cocinando modos de encarar los relatos distintos a los de ficción consensuada local. Puede que se trate de una literatura descentrada, poblada de excentricidades involuntarias, pero también es posible ver ahí un método de ensayo y error que va avanzando y borrándose a diario, que no aspira a la trascendencia del papel y al que no le sirve otro canon que no sean sus propias obsesiones y fetiches culturales.

Es un desvío que se me antoja como necesario, porque tal vez me provoca un déjà vu, la memoria como un loop que va y viene, y me lanza directo a esos viejos fanzines en los que aprendí a escribir gran parte de mi generación, gente que se formó no con bibliotecas digitales sino con fotocopias, videos pirateados, libros prestados o robados o de quinta mano. Con una suerte de conocimiento atrasado y arrasado, descontextualizado; con los fragmentos de un saber mayor que se nos escurría pero que intentábamos capturar o procesar a como diera lugar, jugando con un mecano desarmado y armado a gusto que servía para construir, de paso –y parafraseando a Pitol–, nuestra propia casa de la tribu.

Álvaro Bisama  
Valparaíso 75